

# EL JUGUETE MEXICANO

Una Exposición en el Museo Nacional de Antropología

POR XAVIER ROJAS

El juguete, en México, es una de las manifestaciones más espontáneas y puras del arte popular; tiene hondas raíces técnicas y estéticas en el arte precolombino. Muchas de las miniaturas arqueológicas que se conocen, debido a sus reducidas dimensiones, se han tomado erróneamente como juguetes. Sabemos que se usaron como ofrenda religiosa, mágica o funeraria. Sin embargo este sentido de miniatura, conservado tradicionalmente, caracteriza buena parte de la moderna juguetería popular de México. De especial interés son las flautas mexicanas, las vasijitas del occidente de México, los peñitos con ruedas de la costa del Golfo, la muñeca articulada de Teotihuacán, etcétera.

Podemos afirmar que se distinguen cuatro categorías en la moderna juguetería mexicana: el juguete infantil propiamente dicho, el juguete para adultos, el de uso tradicional o ceremonial y el de adorno doméstico. Su producción siempre ha sido muy considerable, pues en general surge de una industria doméstica practicada por todos los miembros de una familia, desde los ancianos a los niños, dando lugar a la creación de estilos locales e individuales y facilitando así la libre fantasía de sus autores, cuya influencia étnica se deja sentir hasta en el juguete de tipo europeo fabricado en México. No obstante su carácter trivial y su sentido de divertimento frívolo, a lo que se debe su consistencia efímera, se advierten en el juguete popular mexicano valores estéticos apreciables, manifestados en la disposición elemental o complicada, natural o estilizada de sus formas, que suelen abarcar hasta a detalles nimios, así como en la expresión psicológica, con tendencia a un marcado realismo y espíritu crítico en sus graciosos movimientos, en su ingenuidad de conceptos, en sus calidades táctiles, en su colorido y en su predilección por la miniatura de gran primor y delicadeza.

En la Exposición de Juguetería Popular Mexicana instalada \*en el Museo Nacional de Antro-

pología, el visitante adquiere una amplia visión sobre el riquísimo material que en esta materia se elabora en México. Después del antecedente precolombino, se encuentra uno ante una magnífica colección de máscaras de cartón o madera, pintadas, a veces con vivos dibujos policromos, que son actualmente uno de los aspectos más originales del arte popular, usándose en las pastorelas, las danzas y el carnaval, durante el cual los niños tanto como los adultos asumen gracias a ella una personalidad temporal, ya sea payaso o rey, un tigre o un coyote, un soldado o un personaje caricaturesco.

Los muñecos de madera están representados por un valioso lote procedente de Guerrero, Tehuantepec, Oaxaca, Puebla e Ixtapan de la Sal, Estado de México. Representan tipos históricos y regionales de diversas categorías. Es notorio el grupo de *Moros y Cristianos* de Puebla, y la escultura de Guerrero que se caracteriza desde la época prehispánica por el esquematismo de las formas y expresiones.

La cestería tiene una tradición prehispánica muy antigua. Es indudable que se conoció antes de que el indio inventara la agricultura y la alfarería. Aunque nuevos recipientes han reemplazado a la cestería, muchas de sus formas artísticas se conservan hoy en día. El tejido de palma de la Mixteca, además de su enorme producción de sombreros, tiene delicados y finos petates y canastos. La industria de

Lerma y Toluca produce los más vistosos recipientes de tule, además de figuras, y, en materia de juguetes, se desborda en las miniaturas que representan personajes vernáculos, animales, sonajas, sombreritos y las famosas "mulitas" de Pascua.

Los muñecos de trapo están dignamente representados por una colección de viejitos de los siglos XIX y XX del Estado de Puebla, siendo notables su realismo en expresión, actitud y vestido. De Veracruz se contemplan las costañas de trapo con su cutis canela, y, de Oaxaca, tres ejemplares en los que la retacería se mezcla caprichosamente con anilinas de fuerte colorido.

Junto a estos muñecos de trapo ocupan un importante lugar los famosos y populares títeres, desde los tradicionalmente bien elaborados de Puebla, hasta los monos de alambre y peluche del Distrito Federal.

El cartón es el material que más se usa en el juguete infantil de carácter popular. Son notables las efigies de actores, tipos y animales no exentos de expresión, las máscaras, los cascos guerreros de estilo europeo, los caballitos con largo palo para montar, las muñecas articuladas de Guanajuato, con una extraordinaria decoración muy charrá, y los típicos judas de cartón que se queman el Sábado de Gloria, elaborados con gran fantasía satírica.

La pequeña juguetería de madera es tan importante como la



Perro de burro con ruedas. Cultura del Golfo. Procedente de Tres Zapotes, Ver.



Juego de pelota, de barro, Culturas del Occidente, Procedente de Nayarit. (Colección Diego Rivera.)

de barro y en ella se contraponen las influencias extranjeras e indígenas. En varios ejemplares se combinan con la madera otros materiales, como alambre, peluche, papel y cartón. Sus manifestaciones son abundantes: comprenden juguetes mecánicos como ruedas de la fortuna, escenas de circo, juegos deportivos, muñecos, cochecitos, animales aviones, etcétera, distinguiéndose del conjunto los genuinamente mexicanos, pintados con laca y que representan pequeñas vasijas, animales y guajes o sonajas en forma de fruto.

El papel fué fabricado en México desde los tiempos prehispánicos y con él elaboraban los indígenas diversos objetos: códigos, adornos simbólicos de divinidades o de personajes, estandartes, banderas, etcétera. Su tradición ha persistido hasta la fecha y lo encontramos en nuestros días en los adornos de casas, templos, calles y fachadas, altares pobres y ofrendas, usándose sobre todo el conocido papel de china y el de brillo metálico. Sus manifestaciones multicolores consisten en muñecos, animales voladores, gallardetes, oriflomas, papagayos; a veces se le ve calado con gran maestría, pero donde adquiere su manifestación artística más considerable es en el revestimiento de las clásicas "piñatas" de las posadas.

La juguetería popular de barro de varias regiones de México

es notable entre otras por su conservación, más o menos pura, de objetos y formas prehispánicos. Se distinguen a este respecto las ollitas en forma de "patojo" o con asa de canasto y los "candeleros" tipo teotihuacano, procedentes de Michoacán; las ollitas en forma de ave o apoyando sobre altos soportes, y los metatitos, color café, del Estado de Guerrero; los cajetitos a modo de bateas o con borde de arandela, las flautas y los minúsculos metales y morteros de Amozoc, Puebla, en cuyos productos son notorias igualmente las vasijas casi microscópicas y los pequeños burros cargando fruta. La cerámica de Tlaquepaque, Jalisco, es la de más larga tradición y se distingue por su acentuado mexicanismo, naturalidad y realismo expresado hasta en los menores detalles. Tanto en las miniaturas de barro de Amozoc como en las de Tlaquepaque, se revelan las cualidades básicas de destreza manual y extraordinario sentido de composición del artífice mexicano, quien logra realismo detallado y naturalidad en cualquiera dimensión. En Oaxaca la cerámica es de un alto valor artístico, y en materia de juguetería encuentra un extraordinario matiz al emplear el "verde chorroreado", en que produce desde diminutas vasijas en las que se advierten formas europeas e indígenas, hasta los animalitos que, en forma satírica, integran

una orquesta sinfónica. De Coyotepec, Oaxaca, son los juguetes de esa cerámica gris-pizarra que se transforma en instrumentos musicales de viento y que recuerdan arquetipos prehispánicos: sirenas, pájaros, monos, angelitos y demás formas, integran un numeroso conjunto en que la línea adquiere un valor mucho más importante que la decoración de las piezas.

De Acatlán, Puebla, se presenta en esta interesante exposición de "Juguetería Popular Mexicana" un lote de cerámica en que destacan unas piñatas de barro en forma de animales, una serie de silbatos y alcancias, un grupo de aves de corral y tipos folklóricos en determinada acción.

La escultura en cera constituye una manifestación muy especial del arte vernáculo de ciertos Estados de México. No obstante su dúctil plasticidad, logra darse a este material un valor escultórico y una finalidad de expresiones verdaderamente notables. En México dicho arte abarca dos aspectos. El primero consiste, sobre todo, en la representación de frutas y de tipos y escenas populares de gran realismo y sentido crítico. Para mayor veracidad, a algunas esculturas se las reviste con trapo y se les añaden otros detalles en materias distintas. El segundo aspecto marca de modo más directo la influencia extranjera, como la que se refleja en las figuras bíblicas

usadas en los altares que se erigen en iglesias y casas particulares en la celebración de la Natividad cristiana (nacimientos). En la actualidad, la cera se trabaja también para representar personajes históricos.

Cierra su Exposición el Museo Nacional de Antropología con una vitrina en la que se muestran ejemplares de juguetes de chicle, donados por la Secretaría de la Economía Nacional. Casitas, pequeñas canastas, sombreros, floreros y animales, toman forma en el original material, creando una industria de la que no se conoce ningún antecedente al respecto. Los juguetes de chicle más notables son los de Jalisco y Campeche.

Los juguetes que se exhiben pertenecen a las colecciones del Museo Nacional de Antropología y del Instituto Nacional Indigenista, y a las de personas privadas que las prestaron gentilmente: Dolores Cueto, Gloria García Maldonado, Mariana Yampolsky, Susana Neve de Frias, Sonia Leduc, Diego Rivera, Gabriel Fernández Ledesma, Carlos Pellicer, Guillermo A. Wornor, Roberto Rivera, Daniel F. Rubín de la Borbolla, Vicente T. Mendoza y Carlos García Millán.

El montaje y la planeación de la Exposición estuvo a cargo del señor Xavier Rojas, Museógrafo del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Un aspecto de la Exposición de Juguetería Popular Mexicana.